

**El Gobierno y la ¡hoguera Barbie!
“Por nuestros muertos, nuestros muertos.
Ni un minuto de silencio”.
El Estado y el centenario de la muerte
del Viejo Luchador**

Eloy Alfaro
Ecuador

Introducción

No es posible construir sociedades nuevas con sujetos viejos, hay que transformar primero nuestras propias vidas para transformar la vida, una revolución del ethos que haga de la ternura, la esperanza y la alegría, armas insurgentes necesarias para transformar todas las dimensiones de la vida (Patricio Guerrero, 2001).

Desde una perspectiva histórica recordar la masacre ocurrida hace un siglo en las calles de Quito debe contribuir a tener nuevas y amplias perspectivas sobre la historia del Ecuador a efectos de avanzar aprendiendo de lo ocurrido. Cien años después es importante preguntarse ¿para qué sirvió tanta muerte? Cuánto hemos cambiado como sociedad y como país?

Todos los historiadores, habidos y por haber, en foros, entrevistas y diversas publicaciones, han contado los hechos ocurridos el 28 de enero de 1912 y en toda la época liberal. Hay que señalar que pocos datos

nuevos se han ofrecido al respecto. No se han presentado de parte de quienes detentan la academia nuevas interpretaciones o formas de asumir la realidad. Cien años después, la sociedad entera recibió el hecho histórico de diversas maneras, pero fue común a todos y todas que los medios cumplieron un rol de mostrar la historia de los hechos, con más o menos morbo, con los mismos u otros historiadores, con más o menos análisis, pero el hecho no pasó desapercibido.

Por su parte el oficialismo puso a caminar una impresionante maquinaria de propaganda, con una versión propia de los hechos basada también en atacar a un sector considerado y declarado por ellos como culpables del hecho, en este caso los medios. Y a la vez buscar posicionar la idea de que el proceso iniciado por Alfaro es la antesala de esto que llaman “la revolución ciudadana” cuyo liderazgo recae en Rafael Correa. Algo que ha caracterizado el momento es el inmenso esfuerzo iniciado por la oficialidad para poner la imagen del viejo luchador al mismo nivel que la del actual presidente. Para ello todas las baterías se han dirigido a través de los medios. Para que esto sea posible hay un proceso de “usurpación simbólica” que debe ocurrir. Este ensayo trata del hecho –centenario de la hoguera Bárbara– y de las maneras cómo se ha tratado de aprovecharlo para construir una imagen del régimen. Qué cosas se previeron y se hicieron para esa usurpación, es parte de este esfuerzo.

Para las familias de quienes fueron asesinados ese 28 de enero, el centenario es también una acumulación de silencios y silenciamientos, además de impunidades que deben terminar. A través y siguiendo las miradas, preocupaciones y debates de las familias protagonistas de estos hechos recientes, nos sumergimos por las diversas actividades previstas desde los descendientes y que fueron cooptadas por el Estado para mostrarse y mostrar una imagen que no tiene.

La usurpación simbólica

Es un mecanismo de silenciamiento basado en dar un sentido distinto a los símbolos por todos aceptados y conocidos, cambiándoles

su eje central para convertirles en símbolos alejados de criterios colectivos. Patricio Guerrero reconoce ahí que somos animales simbólicos, que vivimos de ellos y con ellos, en esto la cultura juega una parte fundamental y la historia como parte de la cultura es el lugar central donde se construyen símbolos.

Dentro de la cultura, los símbolos son constructores de sentido de lo social, así “el símbolo es el motor de las acciones humanas y sociales”. Siendo así de importante el símbolo no puede, no debe pertenecer a un sector social en particular, eso está por tanto, dentro de los aspectos que generan identidad colectiva. Ahí ya se presenta el primer aspecto a considerar, pues quien maneje el símbolo, se lo apropie, también puede controlar muchos de los sentidos de la sociedad que lo comparte.

Siendo así la usurpación simbólica sería un instrumento de y desde el Poder “un recurso que el Poder ha instrumentalizado, es el de usurpar aquellos símbolos que siéndolos ajenos, pueden ayudar a construir un ordenamiento de la sociedad, que haga posible la preservación del orden dominante” todo esto haría que se pierda su fuerza constructora de sentido, “lo que provoca en consecuencia un profundo déficit simbólico que nos conduce a la desesperación y la anomia social” (Guerrero, 2001: 29-30). El Poder entonces construye todo para apropiarse de los símbolos que lo sostengan, haciéndolos parece como nuevos o ideales para el momento.

Para cambiar todo esto es necesario entonces emprender un proceso de insurgencia a fin de romper con la manera tradicional de usurpar los símbolos, para ello según Guerrero “es necesario desaprender y descivilizarnos”, esto significaría tener lecturas distintas de la misma historia, claro que eso incluye romper con todos los paradigmas de una civilización que ha sido incapaz de hacernos felices, que nos llenó de todo pero nos vació de sentido.

Siguiendo en esta reflexión Taussig –leyendo a Benjamin– señala que de alguna manera los símbolos contribuyen a una visión de terror de las cosas y de aquello que nos rodea, el símbolo mientras existe pro-

pio de la sociedad, mantiene alejado al terror, pero cuando lo pierde este se vuelve instrumento. De ahí que el Poder siempre busca asirse del Poder para controlarlo, pues entiende que haciéndolo también puede controlar el nivel de terror que la sociedad tenga. Una de las estrategias usadas por los gobiernos, muy relacionada con lo simbólico tiene que ver con la guerra sucia, que no es solo una guerra no declarada, sino que en ella, quien tiene el poder usa todas las armas para derrotar al oponente, no es raro, por tanto, que se modifique la historia o partes de ella para así tomar ventaja.

Taussig llama a esta forma “la guerra del silencio” cuya victoria se mide en cuantos silenciados genera, la característica de esto es “desdibujar límites y realidades habituales y mantenerlas borrosas” es decir que la historia no tenga un presente, que se exprese como lejana, ausente, que no sea cotidiana y por tanto distinta. Por tanto, para que la usurpación simbólica sea efectiva es necesario incursionar en la historia como la fuente de la memoria y origen de los símbolos que todos comparten. En la historia se construyen los símbolos, no surgen de un día a otros, son producto de ella.

Lo mismo ocurrió con la Hoguera Bárbara como símbolo de vergüenza y redención nacional, en su momento fue la expresión de la barbarie, pero si no habría ocurrido, no habría significado mucho la muerte natural de los personajes de aquel día. Tiempo después se volvió el símbolo para el silenciamiento de unos y endiosamiento de otros. De esto ya se hablará más adelante. Desde otra perspectiva Restrepo reconoce que para el silenciamiento ha sido necesario que transcurran muchas “violencias sin sangre, pero que no por ello dejan de producir dolor y muerte” esa violencia sería entonces una forma de atacar la ternura como instrumento transformador. Pero esto no es algo que ocurre una vez, sino que tiene un carácter sistemático y que se presenta a diario a lo largo de la historia.

Con todos estos argumentos ahí, es hora de mirar lo que se vivió el 28 de enero y cómo la usurpación simbólica emprendida desde, y por, el Estado, operó en una batalla –también simbólica– entre dos colectivos que ejecutan una misma acción, donde cada uno construye

sus propios discursos. Se puede afirmar que operó una batalla de silenciamiento, pero también que estuvo presente una insurgencia que atacó desde varios frentes. Este interesante ejercicio “batallesco” se encuentra reflejado en las siguientes páginas.

Hay que señalar previamente que para profundizar en la comprensión del discurso insurgente era necesario hacer un pequeño análisis sobre el pueblo combatiente de la época. La lucha montonera inspiró esta insurgencia que aún pervive.

Los actos por el 28 de enero y sus organizadores

Iniciativas No oficiales

En miras a Enero 28 del 2012, en el mes de Octubre del 2011, se conformó el colectivo “Centenario de la hoguera Bárbara” compuesto por diversos sectores, entre ellos los colegios centenarios, artistas, intelectuales, la Casa de la Cultura, los descendientes, entre otros. El espíritu de este espacio era desarrollar actividades de carácter cultural y social en miras a tan importante conmemoración y sobre todo encontrar otros discursos y visiones sobre la historia y el hecho en concreto. Este colectivo desarrolló una agenda de alrededor de 30 actividades. De todas estas se prevén dos como actos centrales de todo este esfuerzo,

- el primero, el tren de la cultura que es un recorrido cultural en tren desde Duran a Quito, los días previos al 28 de enero.
- la caminata desde la celda en el Penal García Moreno hasta el Ejido, actividad que el colectivo de descendientes venía realizando desde hace un lustro.

El Gobierno y El hecho - 100 años después

El Gobierno Nacional, en Diciembre del 2011, por decreto conforma La comisión Centenario de la Hoguera Bárbara, conformado por

20 ministerios y presidido por el Ministerio Coordinador de Patrimonio. Este espacio diseña una agenda de alrededor de 150 actividades para todo el 2012, pero cuya actividad central se concentra los días previos al 28 de Enero y la caminata desde el Penal García Moreno.

Como se puede ver, los dos sectores mencionados diseñan una serie de actividades de manera individual, pero coinciden en los actos centrales. Esto es producto de diálogos y acuerdos mantenidos durante el mes de diciembre con la entidad estatal pertinente. Dado que la figura y la historia de quienes fueron asesinados no le pertenecen a nadie, una coordinación en este sentido era importante. Es por ello que el Gobierno nacional y local diseñan actividades en relación con aquello que venía haciendo el colectivo, caminar desde el penal y recorrer la ruta en tren desde Durán.

A continuación una breve descripción de lo acontecido en cumplimiento de la agenda prevista desde el Gobierno.

25 enero

Gobernación del Guayas

El acto en conmemoración a Pedro Montero, también asesinado y quemado, es asumido como un acto político que incluye vivas al gobierno nacional. El sentido de recordar a los asesinados y silenciados se pierde en los discursos que se enfocan en la figura de Alfaro. Intervienen en su mayoría funcionarios de gobierno. Cientos de personas asisten.

26 enero

Encuentro en Gatazo

14 mil indígenas se reúnen en la Parroquia Gatazo –Provincia de Chimborazo– con el objetivo de conmemorar el centenario. El lugar no podía ser más propicio, pues ahí se dio la batalla definitiva de la revolución Liberal y por primera y última vez se dio el grado de generales y coroneles a indios de la región. El evento es organizado por el partido de gobierno e intervienen sectores cercanos a la línea partidista y ministros.

27 enero

La marcha hacia la administración Municipal Eloy Alfaro

A propósito de la llegada del tren de la cultura, la autoridad municipal se apropia de la iniciativa del colectivo de descendientes y convierte el acto de convocatoria a los barrios a reivindicar la historia, en un espacio para mostrar la gestión municipal. Se promueve una movilización masiva de muchos barrios y organizaciones en las que la población es oyente.

28 enero

Los hitos

Producto de una consultoría –a pesar de que los descendientes ya venían caminando la ruta desde el penal al Ejido– el Estado definió las mismas paradas que hacían los familiares año a año, como hitos –paradas donde se colocaron tarimas– para dar a conocer los hechos de la época. Miles pasaron por cada tarima, que fue una mezcla entre glamour político y “hoguera Barbie”. El sentido histórico y de memoria de los hitos se perdió de la manera más burda.

Primera lectura

Algo de historia no silenciada

En todo este trayecto el colectivo desarrolló una visión del tema absolutamente incluyente, para ello se realizaron algunos esfuerzos por investigar el momento al que se refiere la historia y entenderlo desde la actualidad, para así conocer de su pertinencia. Pos ello es importante hacer un poco de historia para ubicar aquello sostenido.

En Ecuador de 1876 y 1884 se consolida el Partido Radical, fundamentalmente en la costa, como un espacio donde confluyen muchos actores especialmente de sectores populares, montubios, en busca de cambios a la situación del país. Para entender la radicalidad de la lucha en la que se encuentran los revolucionarios de la época es importante pensar cómo se conforma una organización desde los desposeídos, el carácter de esa organización, la profundidad de sus reivindicaciones. Siempre en toda organización revolucionaria hay tres aspectos que la caracterizan: un primer aspecto es la ideología que la acompaña (la cual

ayuda a configurar el horizonte a donde se apunta o la Utopía); un segundo aspecto es el sujeto que la conforma, que en este caso son los más pobres de los pobres, la montubiada que desarrolló un nivel muy alto de organización social, como los sectores medios urbanos representados por sociedades de artesanos; y un tercer aspecto es el territorio donde se expresa tanto el sujeto como la ideología.

La convergencia de los tres aspectos es fundamental para entender al sujeto que lucha “la montonera”. No se lo puede entender fuera de su territorio y separado de la ideología. Leyendo casos de otras geografías como la lucha de Espartaco, Zapatta, Tupac Amaru, Daquilema, vemos que los cambios que éstos buscaban no eran solo de fachada, van incluso hasta la posibilidad de un cambio sistémico y por eso mismo resultan peligrosos para el estatus. En todos esos casos los tres factores están presentes de manera consistente, además están presentes con una característica fundamental que es la composición del sujeto. El sujeto que lucha es aquel que se cansó de agachar la cabeza, aquel que fue despojado de todo, menos de su dignidad y por ello lucha con todas las ganas que tiene de vivir.

Ese era el espíritu de esta propuesta Radical que nació entre la montubiada de una costa ecuatoriana con grandes contrastes sociales, por un lado la opulencia del auge cacaotero y, por otro, la miseria de importantes segmentos de la sociedad, que apenas tenían su fuerza de trabajo para sobre vivir.

Montoneros

Las montoneras fueron probablemente el más importante fenómeno de movilización social del siglo XIX republicano. Surgidas en el agro costeño a partir de 1825, tuvieron desde sus comienzos un carácter marcadamente reivindicativo y de resistencia popular frente a las violencias y actos de despojo cometidos por hacendados o autoridades del nuevo poder republicano. Posteriormente, a partir de la “Revolución de los Chiguaguas” (1833-1837) adquirieron un creciente carácter político, de tinte nacionalista y liberal, que se acentuaría durante la

“Revolución Marcista” (1845) y asumiría plena identidad en la segunda mitad del siglo XIX. La base social de las montoneras estaba generalmente constituida por una heterogénea mezcla de campesinos montubios, que incluía a peones de las haciendas, pequeños propietarios y trabajadores sueltos, como los “desmonteros” y “sembradores”, que hacían desmontes o formaban nuevas plantaciones para venderlos a las haciendas próximas.

A partir de la época garciana, el surgimiento de las montoneras adquirió una connotación plenamente política, de carácter liberal militante, y aún asumió nuevas formas, como la formación de montoneras por parte de los mismos hacendados o “caciques” locales, que se lanzaban a la lucha, a la cabeza de sus peones y casi siempre con el rango de “coronel”.

Toda la tropa montonera, o al menos gran parte de ella, andaba a caballo. Estas particulares circunstancias daban a las montoneras una notable influencia y capacidad de acción en su área y les garantizaban fácil avituallamiento, gran movilidad operativa y rápida desmovilización. Por otra parte, todo ello dificultaba su localización y represión por parte de las tropas gubernamentales, normalmente de origen serrano, que luchaban en un medio extraño y contaban con poco respaldo social en la región litoral (Nuñez, 1995).

De esta descripción resalta el hecho de que la composición mayoritaria de los luchadores son campesinos que venden su fuerza de trabajo y “trabajadores sueltos”, es decir que son personas que no están adscritas a una hacienda o que no ejercen su acción en un solo territorio. Esto es importante señalar, pues en la sierra se encuentra dentro del régimen de hacienda lo que se conoce como “indios libres” que son aquellos individuos que no pertenecen a ninguna hacienda, pero que venden su fuerza de trabajo. En todas las insurgencias populares del continente la conformación del sujeto que lucha es la misma, es decir indios, negros o, en este caso, montubios libres cuya condición de excluidos les lleva a asumir una conciencia de clase.

En un primer momento los montoneros son campesinos costeños que como pago de las deudas contraídas con el patrón se ven obligados

a ir a la lucha, con el objeto de descargar sus deudas (Ayala, 1994) este era el caso de “los Chapulos que en su mayoría eran peones conciertos conducidos por un mayordomo, por su misma condición de peones de hacienda” (Bravo, 2008: 24). La Montonera para estos campesinos era la posibilidad de acabar con sus deudas y a la vez convertirse en campesinos autónomos, por tanto sin sujeción a la hacienda y al patrón. Son pueblos que se arman para la lucha, no es un ejército que lucha por el pueblo, sino un pueblo que decide luchar por sí mismo (nadie va a poner los muertos por ellos, ellos mismos son soldados y dan sus vidas en consecuencia). Esa es su fortaleza y su debilidad, al menos en esta parte de la lucha; luego desarrolla la capacidad de un ejército regular. El viejo luchador reconoce las dificultades que enfrenta su ejército conformado por personal cargado de buenas intenciones.

Las fuerzas que están a mis órdenes se componen de artesanos propietarios, agricultores, etc., gente toda difícil de sujetarse a una vida dilatada de cuartel y marchas y contra marchas. Puse atención en disciplinarlos lo mejor posible, improba labor es organizar voluntarios! (Alfaro, 1992: 78).

La Montonera entrañable

Los luchadores que son parte del pueblo que los eligió no se rinden, no se olvidan de sus soldados, los tienen presentes, se acompañan en su dolor y en sus victorias. Solo así se entiende cómo a pesar de los largos períodos en los que el Viejo Luchador estaba fuera del país, ese pueblo lo tenía presente. No se olvidan de él y cada vez regresaba, estaban listos para (en su nombre o con él) disponerse al combate.

Una característica especial de la Montonera es ser entrañable entre sus líderes y el pueblo que la compone, de ahí que una vez cumplida la tarea para la que se formó la Montonera, se debe disolver. Múltiples ocasiones debió pasar esto, unas veces se disolvían con una victoria, en otras ocasiones cargaban con la derrota. Las despedidas deben haber sido difíciles, en ocasiones no había tiempo para ello, a continuación las

palabras del viejo luchador al despedirse de sus combatientes esmeraldeños, él continuaría con los montoneros manabitas en la lucha:

Regresáis a vuestros hogares después de quince meses de heroica lucha. Dos nombres habéis escrito en la historia: Seis de Abril y Nueve de Julio. Desde las bocas del Mira (río) hasta las márgenes del Guayas, vuestra sangre se ha ofrendado con abnegación en aras de la República; la santidad de nuestra causa ha traído a nuestras banderas no solo a los buenos hijos del Ecuador sino a muchos de nuestros hermanos de Colombia, campeones generosos que han compartido fraternalmente vuestros sacrificios y vuestras glorias. Soldados, me honro en tributarlos el homenaje de mi gratitud y en declarar que habéis merecido bien de vuestra Patria. Estad seguros que si las libertades peligran, estará siempre con vosotros vuestro compañero y amigo, Eloy Alfaro (Alfaro, 1992: 51).

Se nota que quien habla no se ubica desde un pedestal para hacerlo, no les habla desde una superioridad, les habla desde la firmeza de combatientes, de soldados, pero sobre todo de compañeros, les habla mirándoles a los ojos, les habla sinceramente. La guerra y los combates vividos generan una unión inseparable. El calor del combate los hermana. Este tema, la Montonera entrañable, amerita un análisis mayor, en el sentido de encontrar cómo la memoria colectiva se mantiene, construye y además está tan presente hasta la actualidad, que incluso da sentido a muchas cosas.

Para ejemplificar esto es necesario un relato...

En Noviembre de 2007, en Montecristi se instaló la Asamblea Constituyente y con ese motivo se llevaron parte de los restos de Eloy Alfaro a su tierra natal, para ello el gobierno organizó un impresionante acto que incluía la entrada de los restos del General en una urna especial de piedra ubicada en una carreta arrastrada por caballos, esta urna se ubicaría al interior del Parque Central de la ciudad de Portoviejo, al cual sólo “algunas personas con invitación podían entrar”.

El pueblo que había bajado de las montañas por sus propios medios, caminando horas, a caballo, a pie o por otros medios, que no había comido, que esperó bajo el sol, ese pueblo no podía entrar, estaba

excluido del acto. Sin embargo al acercarse la carreta hasta el parque, ese pueblo gritaba a su general, ¡viva Alfaro!, ¡viva mi general!, ¡Alfaro Vive!, ¡la lucha sigue!, y lanzaban flores, cantos, lágrimas, alegrías al paso de la caravana... le recibían de regreso. ¡Volvió! decía un anciano que necesitaba ayuda para permanecer de pie.

Cien años después de su muerte, el pueblo no olvidó a su general. Aún lo esperaban, le cantaban. Alfaro estaba de vuelta y el pueblo estaba ahí esperándolo. Los montubios que lo esperaban sabían que a Alfaro no lo quemaron, le encendieron, y esa llama hacía que le tengan presente. Igual de conmovedoras resultaron las lágrimas derramadas por los cadetes de las Fuerzas Armadas, que custodiaban el parque, cuando la urna –subida en andas– pasaba junto a ellos. Era su general el que estaba ahí y por eso a pesar de la formación de hombres duros que recibieron, las lágrimas y el afecto al general podían más.

Quienes sí podían entrar en el parque, porque eran autoridades, amigos, etc., no se inmutaron, no sentían lo mismo que sentía el pueblo que sin zapatos bajó a esperar a su compañero.

¿Qué tan entrañables pueden ser los lazos montoneros entre el líder y quienes lo eligen? Esta es una pregunta que amerita investigaciones más profundas. En varios momentos de la lucha radical montonera, la historia registra hechos entrañables entre los revolucionarios, así:

- Cuando Vargas Torres recibe su condena a muerte en Loja, sus coidearios planean su fuga, de hecho, el plan resulta, pero Vargas Torres retrocede en su intención pues dice que: “o salen todos o no sale nadie”. No podía dejar a sus compañeros de combate presos mientras él tenía la posibilidad de huir de la muerte. Poco tiempo después fue fusilado (Pérez Concha, 2008).
- En la toma de Guayaquil, mientras duraba el fragor del combate, la cárcel fue tomada por los revolucionarios, no había otra intención del viejo luchador que liberar a su compañero Miguel Valverde (hecho prisionero en un combate anterior), a quién él personalmente abrió la puerta de la celda y le ofreció un abrazo. Los combates continuaban afuera, esta acción era tan importante como toda la operación de toma del puerto en

su conjunto. Había que hacerla, pues no se puede dejar a nadie detrás (Alfaro, 1992).

- Cuando el tren que conducía a los 6 radicales hacia Quito desde Guayaquil para Consumar la Hoguera Bárbara llegó a Alausí, algunos de sus coidearios prepararon la fuga del Viejo Luchador. Todo estaba listo. El poco tiempo para preparar la arriesgada acción no permitía más que escapar a uno. Al respecto Don Eloy dijo “no: o salimos todos o no sale nadie”. Al día siguiente fueron arrastrados por las calles de Quito (Bravo, 2008).

Coroneles gritados

La montonera, al ser un ejército popular, tiene sus propias formas de acción, de lucha y de jerarquías. Así por ejemplo, se deduce, que el ejercicio de la lucha era un aspecto socialmente reconocido, es decir toda la comunidad avalaba a los luchadores y luchadoras y por ello los protegía, apoyaba y acompañaba. No era un ejército o guerrilla que se creaba por fuera del pueblo, era el pueblo, por ello desde el interior del mismo se escogía quién luchaba. Se escogía a los mandos por méritos propios a quienes se los proclamaba públicamente, para que se reconociera su liderazgo y se lo legitime.

A estos “coroneles-hacendados” se los calificaba popularmente como “coroneles gritados”, tanto para destacar el hecho de que el rango les había sido conferido por sus propias tropas, al grito de ¡Viva mi coronel!, como para diferenciarlos de los “coroneles graduados”, es decir, de aquellos que habían recibido su grado de las autoridades correspondientes (Núñez, 1995).

Es importante ver que a lo largo de la historia los pueblos han tenido como herramienta primigenia de acción y resistencia su propia voz y el grito como parte de ella. Es por ello que el grito no es solo el grito como proclama, sino sobre todo el grito como llamado de atención, de decir presente y de existir. Es también hacerse oír y sentir. Entonces hay que mirar al grito-la voz como una arma de creación y destrucción (son las palabras que hacen que algo exista, porque lo nombra y nuestra

mente lo registra como tal “Dios dijo hágase la luz” y desde entonces la luz y el mundo que conocemos existe). Pero además el grito, la voz, son la forma de crear compromiso, confianza mutua, responsabilidades compartidas. El grito, la voz, crea pero también apaga.

Alfaro sin duda fue un líder gritado. De otra manera, cómo entender esa fidelidad entre el pueblo y su liderazgo. Al líder, el pueblo le sigue, al jefe le obedecen. Un aspecto particular de la Montonera eran estos Coroneles gritados, a los que la población es fiel. Cuando la lucha del partido radical crece y cobra mayores adeptos, no es de sorprenderse entonces que surja el periódico “el grito del pueblo” como el órgano, la voz del partido y los militantes, dirigido por otro coronel gritado, Luciano Coral.

Otra característica de la montonera era precisamente la generación de comunidades liberadas, de territorios donde se proclama y construye la nación soñada, la sociedad de las múltiples libertades. No se luchaba por una sociedad futura que vendría una vez conseguido el triunfo y la revolución, la lucha montonera llevaba a crear de hecho espacios liberados y libertarios. El mejor ejemplo de ello es la lucha de los Chapulos encabezada por un coronel gritado, Nicolás Infante, que encabezó la revuelta en lo que hoy es la Provincia de los Ríos. Esta revuelta es particularmente importante, pues no sólo que el objetivo de la lucha es derrotar al ejército regular, sino crear una sociedad con una administración que se la construye desde abajo.

Segunda lectura

Usurpaciones y silencios en el centenario: Alternativas

Desde hace un lustro, se conformó un colectivo con algunos de los descendientes de quienes fueron asesinados el 28 de enero. Este colectivo desde su inicio planteó dos aspectos a trabajar: la búsqueda de los demás descendientes (siete familias) separados y olvidados por la

historia oficial y una visión distinta de entender el centenario. Esa diferencia radicó en un esfuerzo por identificar y posicionar en la historia que no fue el “arrastre de Alfaro” lo que ocurrió ahí, sino que junto a él murieron cinco personas más, sus vidas y sus pensamientos. Pero además que a lo largo de este proceso revolucionario miles de otras vidas se habían perdido, pero estaban invisibilizadas, entre otras cosas porque la historia recoge sobre todo a un personaje, Eloy Alfaro, cuya figura opaca a las demás.

Deliberado o no, este opacamiento ha tenido una serie de factores que han hecho que se posicione y perdure hasta la actualidad una visión única de entender e interpretar la historia. En vista de ello el colectivo asumió el desafío de mostrar otras lecturas “no oficiales” sobre el hecho y plantear nuevas lecturas sobre la historia. Esto es posible mostrando diversas formas de usurpación de la memoria que generan silencios –en su mayoría cómplices– desde la oficialidad entendida como todo aquello que es enseñado y transmitido a través de los mecanismos legitimados para ello como la escuela, la universidad, etc. A continuación algunos de los discursos y posturas asumidas desde este espacio frente a las usurpaciones y silenciamientos.

La historia y la bibliografía sobre la época

El problema

Alrededor de 90 libros conforman la bibliografía recogida durante estos últimos años referida a la época liberal. No es todo lo que se ha escrito, hay más que aún está disperso en distintas provincias del país. Haciendo una lectura de esta bibliografía encontramos varias cosas importantes:

La primera es que la mayoría de estos textos son escritos desde una visión masculina, casi todos tienen la autoría de hombres.

La segunda que toda la bibliografía gira en torno a un personaje central, Eloy Alfaro, todo empieza y termina con y en él. Todo lo demás y los demás resultan secundarios en miras a esta centralidad, es decir, los textos giran en torno a una única centralidad. Todos los intelectuales y combatientes que lucharon con él no tienen cabida –en su real dimensión– en este relato.

Tercero, solo se encontró un texto íntegramente dedicado a un Indígena de la época liberal y dos sobre mujeres liberales y estudios sobre el tema.

Cuarto, lo que se escribe sobre las mujeres es pobre y con visiones sesgadas sobre el rol cumplido por ellas en la revolución; así, se las ve solo como las amantes del comandante, la enfermera, la cocinera o la ayudante, muy poco se las ve como combatientes y menos como intelectuales.

Quinto, lo que se escribe sobre Alfaro tiene una perspectiva orientada a mirar las obras en lo económico, político, militar e infraestructura, pero poco o nada en el ser humano.

La propuesta

En vista de que la bibliografía existe, aun siendo amplia, es poco diversa, se asume el desafío de diseñar desde otros lados la escritura de una historia más rica. Al respecto se cuenta ya con algunas publicaciones. Podríamos decir entonces que la historia que hemos vivido y conocido es o ha sido una guerra sucia de silenciamiento, “es la presencia de lo no dicho, lo que logra que el más simple de los comentarios de la esfera pública se vuelva asombroso en esa época de terror. El silenciamiento no sólo sirve para preservar la memoria en forma de pesadilla encerrada dentro de la fortaleza del individuo, sino también para impedir la organización colectiva del poder” (Tausig, 2001).

La memoria y el silenciamiento

El problema

Alfaro es el personaje central de la historia, pero no podría serlo si la revolución la habría hecho él solo. No se conoce nada o casi nada sobre la mayoría de personajes –hombres y mujeres– que pelearon junto y con él. Pero, más aún, qué pasó después de muerto el viejo luchador. Al parecer –respecto a la revolución– todo acaba el 28 de Enero. Pero eso no es así, las vidas de miles de luchadores sociales seguían jugando un rol importante en la defensa de lo conseguido y la lucha contra los traidores. Sobre eso cientos de acciones heroicas se dieron, pero no han sido valoradas ni recogidas por la historia oficial. La manera como se ha escrito la historia ha hecho que haya un tácito silenciamiento de otras historias.

La propuesta

A lo largo del país, muchas personas poseen recuerdos, memorias orales, objetos, libros, documentos de diversa índole, cartas, etc. de la época, que no necesariamente hacen referencia a Alfaro, pero sí a algunos de sus tenientes, a maquinistas y ferrocarrileros, porteadores, soldados, etc. Toda esa memoria es necesaria ponerla a vivir, un mecanismo es la construcción de museos itinerantes que van a contar estas y otras historias en diversas localidades que en su momento jugaron un papel importante en la época de la revolución. Estos museos ya iniciaron en los colegios centenarios, donde los jóvenes se acercan a otra historia.

La impunidad

El problema

El 28 de Enero de 1912, se inauguran en Ecuador los crímenes de estado como política pública, desde entonces han sido reiteradas las experiencias de muertes y asesinatos de toda índole, dirigidos en especial a luchadores y luchadoras sociales. Diez años después, el 15 de noviembre de 1922, se dio una masacre de obreros en Guayaquil y no hubo sancionados. En la década de los treinta y hasta los noventa, las luchas agrarias y obreras fueron permanentes y la represión dejó en la impunidad a muchos victimarios. El asesinato masivo de obreros en el Ingenio Aztra sigue impune. En la década del ochenta, se persiguió y desapareció a militantes de Alfaro Vive Carajo: a pesar del informe de la verdad, todo sigue impune. De igual manera el caso de los hermanos Restrepo. Esto acompañado de todos los cierres bancarios y miles de casos de corrupción jamás sancionados.

La prisión de por vida

El problema

Producto de la revolución liberal, la constitución de 1906, abolió la prisión de por vida y la pena de muerte. Sin embargo en 1912, Luciano Coral, Manuel Serrano, Ulpiano Páez, Medardo, Flavio y Eloy Alfaro, fueron asesinados en prisión, además se registró su entrada al penal, pero jamás su salida. Es decir, cien años después seguían presos. Al hecho macabro del arrastre se sumó otro igual de cruento, que es la prisión de por vida, pero de manera vedada, silenciada. En enero del 2011, se dio a conocer este hecho y un año después se les puso en libertad. Todos los gobiernos que hablaron y usaron la figura y las obras de Alfaro, incluido el actual, mantuvieron preso al viejo luchador.

La propuesta

El pueblo nunca ha sido victimario, sino víctima, la historia del país da cuenta de eso. Por ello era importante que ese pueblo libere a los centenariamente detenidos sin juicio, ni pena. Durante el 2011, se recogieron firmas en diversas partes del país para exigir la liberación. El pueblo, representado en una mujer líder barrial, realizó la liberación desde el penal. La celda donde estuvieron presos, en señal de vergüenza, nunca se volverá a cerrar, desde ahora será un museo abierto al público. El estado no tenía otra opción que prestar todas las facilidades para liberarles. Los descendientes salían con las fotos de su familiar para iniciar la caminata hasta el parque del Ejido, pero esta vez liberados. El pabellón de máxima seguridad donde estaban presos ahora será para reos que están por obtener su libertad y cambia de nombre, el colectivo de descendientes lo bautizó como Pabellón Libertario (Ver anexo: Acta de liberación).

El tren de la muerte

El problema

La llegada del tren impuso una nueva visión del mundo y de las cosas, trajo vida y “progreso”. Ese mismo tren se convirtió en el tren de la muerte cuando transportó a los radicales a su último destino. Partió desde Guayaquil y, casi sin detenerse, llegó a Quito dos días después.

La propuesta

A ese tren de la muerte le convertimos en el tren de la vida, lo que se llama, desde ahora, el tren de la cultura. Desde el 25 al 27 de enero del 2012, las familias de los descendientes, junto con artistas, intelectuales, periodistas, dirigentes barriales, afrodescendientes e indígenas retomaron la ruta de hace cien años, pero esta vez para que las historias por la que el trayecto cursa, sean visibilizadas. Desde ahora en adelante queda

establecido la ruta del tren de la cultura como un escenario para que jóvenes, niños, intelectuales, etc., conozcan y recreen la historia desde otras visiones, desde encontrarse con ella, hacer que la historia no esté muerta, sino se vuelva cotidiana. Este tren tiene un amplio espíritu democrático muy semejante al ejército popular de Alfaro (Ver anexo: texto Jorge Nuñez).

El Estado y el Centenario: pocas ideas y mucha política

La coordinación entre los actores estatales y el colectivo, en lo que tiene que ver con el acto central, no fue sencilla. Dos fueron los puntos de discrepancia, el primero respecto a la hora de la marcha del penal al Ejido, pues el gobierno quería que se la haga en la tarde “para que el presidente pueda participar” Muestra de ello es que a pesar de toda la coordinación se impuso una agenda, la del Estado. El segundo sobre el carácter de las paradas o lo que llamamos hitos, es decir si estos debían servir de tarima política o reflexión histórica. Con esos antecedentes analizamos algunos de los actos del gobierno en los que el colectivo tuvo presencia y otros que son de opinión pública.

Los hitos

En los últimos años el colectivo de descendientes realizaba una caminata desde el Penal García Moreno hasta el Ejido, siguiendo los relatos históricos del hecho, pero con uno adicional que eran las paradas en lugar importantes para la época y que era necesario reflexionarlas; en total siete paradas. En el proceso de organizar el “acto central”, el Estado a través del Ministerio de Cultura, contrata una consultoría para definir los siete hitos que debería contemplar el recorrido. Esto, según la versión oficial, era necesario para legitimar la necesidad del recorrido. Para los descendientes que año a año recorrían era una burla. El resultado de ese mega proyecto consultor fue definir que las paradas tradicionalmente escogidas por el colectivo (en sus caminatas anuales) debían ser considerados hitos de la marcha para el centenario.

La usurpación surge cuando el Gobierno asume esta actividad como propia y exclusiva (legitimada por la consultoría) y además después de definir un itinerario y contenidos de la ruta se cambia esto para convertirlo en acto proselitista. Pero además cuando en todo el acto en su conjunto se crea una imagen endiosada de la persona –Eloy Alfaro– casi elevándola en los altares y llevándola más allá del mito. De esta manera se mata a la figura hombre de carne y hueso. Con ello se convierte en inalcanzable. Es difícil de esta manera bajarlo de los altares. No es por tanto una imagen del Alfaro montubio, campesino, trabajador, sino del ser espiritual que tiene un halo que le convierte en diferente. Deshumanizado es intocable, pero con una infinita capacidad de invisibilizar, pues brilla tanto que no deja ver nada más.

La hoguera Barbie de Carondelet

El acto central del 28 de Enero, originalmente incluía 3 cortas intervenciones en cada hito (un representante de organización social o de los descendientes, alguien del estado y un delegado de las organizaciones provinciales). A las 11: 00 am del día del centenario todos los hitos estaban cooptados por assembleístas, autoridades electas y de las otras, convirtiendo así el acto en una acción proselitista. De esta manera el centenario de la ¡hoguera Bárbara!, por todo el enfoque mediático y el glamour que implicó, paso a ser la ¡hoguera Barbie!. Esto generó un tácito rechazo y automática separación de esa forma de entender el centenario. El colectivo de descendientes se separó de la oficialidad y marchó como tradicionalmente lo hacía, solo por las calles del centro.

Esta separación fue importante en términos simbólicos, pues permitió que sea más evidente el discurso de la impunidad, del silenciamiento y la visión de la historia que oculta, que no es el discurso de los personajes en la tarima.

La doble entrega de armas de AVC

La organización Alfaro Vive carajo depuso las armas en 1990, lo hizo después de un proceso de derrota, ante un gobierno social democrata. No hubo mayores concesiones del Estado para que se haga efectiva esta entrega. Así se dio fin a la organización, pero no a las impunidades cometidas contra sus miembros. Veinte años después del hecho –aprovechando la coyuntura del centenario– algunos militantes de la organización vuelven a entregar las armas ante el gobierno de turno (esta vez las espadas que fueron de Alfaro y Montero, confiscadas para el pueblo). El tipo de gobierno es el mismo, los hechos históricos son otros. Con esta entrega se pretende decir que la razón por la que fueron tomadas estas espadas ya fueron solucionadas por este gobierno, pero sobre todo que “esta revolución que es continuación de la Alfarista” tienen un líder que es merecedor de empuñarla.

En este caso deja mucho que desear que se entregue las armas, cuando se asume cargos en el gobierno. Simbólicamente se sigue entregando las armas que le pertenecen al pueblo, es decir se lo desarma por varios lados, el uno desde su capacidad de cuestionarse la realidad en la que vive (el mensaje que ese manda es: con este gobierno ya se solucionaron los problemas que motivaron armarse) y, segundo, el desarme es efectivo, pues el mensaje es que la revolución no requiere de acciones radicales y violentas. Que incluso siendo parte de la institucionalidad se puede cambiar y hacer efectiva la revolución. De esta manera se consolida la usurpación de los símbolos dando la vuelta la idea de revolución y lucha y consolidando un mensaje silenciador.

Bibliografía

Alfaro Delgado, Eloy

s/f Obras escogidas. Tomo II. Quito: Ediciones Viento del Pueblo.

_____. 1992. Narraciones Históricas. Quito: Corporación Editora Nacional.

Alfaro, Eloy, Nelson Coral y Eduardo Puente

2011 Siete mártires luchadores inmortales. Centenario de la Hoguera Bárbara. Quito.

Asamblea Nacional de 1906

1913 Constitución Política de la República del Ecuador.

Clark, Kim

2004 La obra redentora: el ferrocarril y la nación en Ecuador 1895-1930.
Quito: Universidad Andina.

Diezcanseco, Alfredo

1944 La hoguera bárbara

Estupiñán, César

1995 Nuestro Vargas Torres. Quito: Editorial CCE.

Núñez, Jorge

1995 La revolución alfarista de 1895 hacia el 2000. Colección Ecuador.
Quito:

Pérez Concha, Jorge

2008 “Luis Vargas Torres”, en: Colección Biografías. Quito: Ministerio de
Educación y Cultura.

Saad, Pedro

s/f Carajo. Una síntesis biográfica del General Alfaro

Anexo

Acta para la liberación de los radicales

Quito 28 Enero 2012

En este país sin Pena de muerte ni cadena perpetua, fue asesinado en esta cárcel Eloy Alfaro y se inició la masacre contra Luciano Coral, Manuel Serrano, Ulpiano Páez, Medardo Alfaro y Flavio Alfaro. Se registró su ingreso pero nunca su salida. Hasta hoy, constan en la lista de reclusos del penal. Han cumplido pena de muerte y prisión a perpetuidad.

Cien años después, el pueblo del Ecuador, representado por cientos de organizaciones sociales, consagra sus firmas para demandar la inmediata liberación de todos los radicales de quienes nunca se registró su salida.

Los queremos libres, liberales y libertarios. Los queremos junto al pueblo, a los campesinos, campesinas, indígenas, afrodescendientes, jóvenes, mujeres, niños y niñas, luchadoras y luchadores en general.

Decretamos que con su liberación nunca más se criminalice a los luchadores y luchadoras sociales. Que nunca más se persiga a quienes piensan distinto, a quienes quieren redimir la historia, que la impunidad termine, para ello, solo hace falta voluntad política.

El pueblo entrega las firmas recogidas en distintos rincones del país (Guayaquil, Durán, Yaguachi, Naranjito, Alausí, Riobamba, Lasso, Quito) para exigir el pedido inmediato de liberación. Dejamos constancia además que desde ahora y para siempre, este pabellón se llamará “pabellón libertario” y que la puerta de esta celda jamás se volverá a cerrar.

Firmas de constancia.